

**L**A caída de los sistemas comunistas abrió un período nue-

vo en la historia contemporánea, el fin de la Guerra Fría trajo esperanzas de un Nuevo Orden Mundial. Entre los análisis de lo que suponía la caída del Telón de Acero se distinguió por su sensacionalismo el artículo de Fukuyama «El Fin de la Historia», donde su autor contaba el triunfo del sistema capitalista de mercado, que se ha quedado sin alternativa como forma de organización económica y social. En adelante, supone el autor, no pueden existir conflictos en gran escala y, por lo mismo, la Historia —tal como se conoce en Occidente— toca a su fin.

No contento con ello, Fukuyama extiende esta tesis en un libro que titula «El Fin de la Historia y el Último Hombre», donde amplía sus ideas con una perspectiva sobre el futuro del individualismo que toma de Hegel pasado por Kojève. Para Hegel, Kant y Marx, la Historia es un proceso finito, precedido y seguido por un estado que no es parte de la Historia; el propósito de ésta fue la realización de la libertad humana: primero para uno, el déspota, luego para algunos en Grecia y, finalmente, para todos en la época moderna. Una vez lograda la libertad para todos con el triunfo del sistema liberal occidental, se acabó la Historia.

Los historiadores ingleses reaccionaron con una serie de artículos en «History Today», recogidos por Alan Ryan en el libro «Después del Fin de la Historia», donde Fukuyama es matizado, ironizado, refutado o despedazado en diversos grados. Por una parte, su tesis no es nueva porque Marcuse y Bell anunciaron ya en los sesenta el fin de la Historia. Marcuse, con otro final: dado que la Historia en el sentido marxista es impulsada por el descontento, y que la sociedad opulenta de los años cincuenta pareció desconectar el motor histórico narcotizando a las gentes con el bienestar económico, la Historia termina no en la libertad de la sociedad sin clases postulada por Marx, sino en el letargo de una sociedad narcisista que no cuestiona el sistema. Daniel Bell, en su artículo «El fin de la ideología», suavizó este argumento señalando que la clase trabajadora ya no creía en la ideología de su liberación por la lucha de clase, ni se veía como motor de la Historia, antes bien, se conformaba con el estado del bienestar, las organizaciones sindicales y sus reivindicaciones más incrementalistas que revolucionarias. Lo que Fukuyama añade a estos precursores es

## ¿EL FIN DE LA HISTORIA?

que, tras la caída del marxismo, la democracia liberal se revela como «el significado de la Historia».

Esto resulta increíble desde un punto de vista filosófico, e inverosímil en cuanto se constata con la realidad del Tercer Mundo. Por ello resulta de sumo interés el ensayo de Samuel P. Huntington, de Harvard, «Conflicto de Civilizaciones», que Darío Valcárcel difundió en la revista «Política Exterior», que tan laboriosa y acertadamente dirige. Huntington plantea otra visión de la cuestión, y es que la Historia no ha terminado porque, en el futuro, aunque los conflictos ya no sean ideológicos, ni siquiera económicos, serán no obstante culturales: guerras entre civilizaciones.

Aquí entramos de lleno en el ámbito histórico general de Toynbee, que postuló ya en los años treinta que la civilización era la unidad inteligible de estudio histórico porque en la época posmoderna (término que acuña Toynbee) la nación ya no es un elemento significativo para comprender los fenómenos que se han vuelto transnacionales. Y en Toynbee se debe inspirar Huntington cuando repasa las civilizaciones del mundo: de las veintiuna que definió Toynbee quedan en este momento ocho: Occidental, Confuciana, Japonesa, Hindú, Islámica, Eslava, Iberoamericana y Africana.

Entre 1500 y 1800 las guerras fueron entre reyes, de 1800 a 1918 se dieron entre naciones y de 1920 a 1990 entre ideologías: comunismo, fascismo y democracia.

Estos conflictos fueron guerras civiles de Occidente; la novedad a partir de 1990

es que las guerras serán entre Occidente y los no occidentales, y que serán guerras entre civilizaciones. Una civilización es el nivel más amplio de identidad cultural por debajo del mundial; una identidad configurada por religión, costumbres, instituciones, historia y símbolos compartidos.

Huntington predice que los conflictos futuros se darán en las fronteras entre civilizaciones, como se está comprobando experimentalmente en el conflicto de Bosnia, donde rozan las civilizaciones islámica, eslava y occidental; o como se vio en la guerra de Kuwait, donde se enfrentaron el Islam y Occidente. Sea por causas económicas, étnicas o religiosas, el conflicto se encenderá más fácilmente si existen diferencias de civilización. Incluso el enfrentamiento entre Cuba y USA es un conflicto en la frontera entre Occidente e Iberoamérica, además de un residuo de pelea ideológica.

El significado del siglo XX para Huntington es el fin de la hegemonía de Occidente en el mundo, que éste impuso a partir de 1500; el siglo ha visto la liquidación de los imperios coloniales y la emergencia de las civilizaciones dormidas de China, India, Japón, Islam y Eslávica. Desde 1990, el Telón de Terciopelo de la cultura ha sustituido al Telón de Acero de la ideología, pero ello no significa que las guerras futuras vayan a ser de guante blanco: serán guerras civiles del mundo, a menos que por un pacto real entre las civilizaciones se llegue a un Gobierno mundial o a un ejército de las Naciones Unidas capaces de arbitrar conflictos a escala global.

Y decía Toynbee en sus últimas conferencias en los años sesenta que China, por la experiencia de su imperio y por la tolerancia de su religión budista y taoísta, es la civilización llamada a sentar las bases de la unificación mundial. ¿Lo aceptarían los demás? Recuerdo con aprensión las declaraciones que cita Gore Vidal de un ministro japonés: «América, la fábrica; África, la reserva natural, y Europa, "for shopping"». Mucho habrá de llover aún antes de que los valores diversos entre las culturas del mundo se acerquen al consenso. Pero, si los valores difieren, ¿cómo evitar el conflicto? Me temo que las próximas décadas den la razón a Huntington, aunque los conflictos sólo sean económicos.

